

## **JULIÁN MARÍAS Y SU IDEA DEL PROYECTO DE ESPAÑA (A PROPÓSITO DEL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO)**

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Heliodoro Carpintero Capell\*

Sr . Presidente  
Sra. y Srs. Académicos

El año que hemos comenzado va a ser ocasión para celebrar centenarios muy diversos: la Primera Guerra Mundial, algunos libros fundamentales de nuestra cultura, como las *Meditaciones del Quijote*, de Jose Ortega y Gasset, o *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez; autores esenciales como El Greco, Octavio Paz, o Julio Cortazar... Yo confío que habrá también espacio para recordar la figura del filósofo y escritor Julián Marías, a cuyo magisterio debo yo una gran parte de mi manera de ver las cosas. Aunque no fué miembro de esta Academia, estuvo cercano a ella en razón de sus temas y también de algunos de sus maestros y amigos: Juan Zaragüeta, Manuel García Morente, Julián Besteiro.

Queda suya una obra muy amplia, compleja y atractiva, que merece tener una larga vida entre los estudiosos y en general entre los lectores interesados por temas que en ella se tratan. Pero, además, ha dejado también algunas ideas y reflexiones cuya vigencia viene dada por algunos sucesos recientes que ocupan la actualidad de nuestra sociedad.

Nuestro país se ve hoy enfrentado a varios retos que ponen en cuestión la integridad de su ser, la definición de sus fronteras, el reconocimiento de la soberanía del pueblo español, y la vigencia de sus símbolos e instituciones, por parte, al menos, de ciertos grupos de sus actuales ciudadanos.

---

\* Sesión del día 4 de febrero de 2014

Diríase que estamos enfrentándonos de nuevo a la cuestión de nuestra realidad como país. Parece que sigue habiendo entre nosotros aquella “dramática inhabilidad de los españoles para hacer de su patria un país mínimamente satisfecho de su constitución política y social”, como dijo Lain (Lain, 1962, xi). Nuestra constitución social y política está siendo cuestionada, y es nuestro ser y nuestro estar como ciudadanos el que se está poniendo en juego por ciertos grupos muy definidos. Por otro lado, no se termina de ver cuál pueda ser la respuesta colectiva que vaya a darse a toda esa inquietud.

La cuestión es muy compleja, y cabe adoptar multitud de perspectivas sobre la misma. Pero, más allá de las demandas independentistas regionales se deja sentir la necesidad de alguna formulación en términos positivos de nuestra propia realidad, algo básico en un país que se afirma con voluntad de futuro. No parece suficiente la mera apelación al pasado como fundamento absoluto del futuro. Ni lo son, tampoco, a mi ver, las razones que puedan derivarse de un cálculo pragmático de las ventajas e inconvenientes materiales que tales cambios podrían acarrear.

Los conflictos que se avecinan hacen referencia a la dignidad, a la personalidad, —a veces incluso al “alma” o la “raza”— de distintas colectividades, y a las metas históricas a que estas aspiran. Y esto obliga a pensar en la personalidad del país íntegro que todavía somos. Y, lo que aun es más importante: la del país que aspiramos a ser. Ello obliga a pensar en la realidad nacional española como proyecto histórico colectivo.

Ahora bien, precisamente sobre esta idea del proyecto de España hay una serie de reflexiones consistentes en la obra de Julián Marías. Estimo que sería tal vez útil, tenerlas en cuenta, siquiera sea como homenaje de centenario a su figura, nacida en Valladolid hace 100 años.

### **LA RAÍZ DE LA VISIÓN ESPAÑOLA**

La preocupación por España ha sido un tema constante en su obra, y en su vida (Fusi, 2012).

He recordado, ya aquí, hace años (y en otro lugar, Carpintero, 2007) la colaboración desinteresada que prestó a Julián Besteiro en los días dramáticos del final de la guerra, en marzo de 1939. En unos artículos aparecidos sin firma en *ABC* de Madrid, en los días precedentes a la entrada de las tropas nacionalistas en la capital, fue dando cuenta de la inminencia de la derrota, y de la necesidad de prepararse todos los republicanos para el tiempo por venir.

Allí está expresado un sentimiento de rechazo general al conflicto, así como también la convicción de que “media España es, con cualquier régimen

una cosa absurda, sin sentido” (Carpintero, 2007, 128). La necesidad de superar la división, junto al absoluto rechazo a una pacificación sin respeto para los vencidos, iba a marcar líneas diferenciales de su meditación y su acción en el país. Marías no imaginaba entonces “la perpetuación del *espíritu de guerra*” (Marías, 1998, 770) con que iba a tener que contar, sin doblarse, en los años que siguieron.

### **RAÍZ INTELECTUAL**

Su reflexión ha estado esencialmente modulada por su filosofía, y por su convicción de la índole libre y responsable de la persona. Sin duda no ha sido tampoco ajena a ella una última convicción religiosa cristiana.

Asumió, como es de todos sabido, la tesis de Ortega según la cual “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo” (Marías, 1983, I). Mi ser personal está esencialmente vinculado a un mundo. No estamos hechos y dados con una naturaleza fija, sino enfrentados a una circunstancia que va mudando con la historia. Nos vemos forzados a poner en juego las posibilidades que ella brinda, y muy singularmente, las que ofrece el mundo social del que derivan usualmente las interpretaciones, los modelos y las formas de humanidad con que hacemos nuestra existencia (Carpintero, 1967, 2008).

Pero de aquí se sigue que el problema de nuestro país, de España, al que nos estamos enfrentando, no es sino una cara del problema personal y moral que cada uno ha de resolver. Porque el problema de nuestro mundo o circunstancia se convierte en una pieza clave para nuestra posible vida auténtica. Estamos, pues, implicados hasta la raíz de nuestro ser en esta cuestión.

### **PUNTO DE PARTIDA TRAS LA GUERRA CIVIL**

Al término de la guerra, Marías optó por mantenerse fiel a la tradición intelectual en que se había formado: la Facultad de Filosofía de la Universidad de Madrid, sus maestros Manuel García Morente, Xavier Zubiri, José Gaos y, sobre todo, Ortega; el magisterio, también muy intenso, de Unamuno, y la línea liberal de pensamiento, de Jovellanos y Valera a Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. Todo esto había sido descalificado por el nuevo régimen al acabar la guerra.

De este modo, Marías se instaló, dentro de un cierto “exilio interior”, alejado de la España oficial, pero crecientemente inserto en la real. Y eso, sin duda, le hizo volver a pensar en la realidad española, y también, en lo que podía significar “ser español”.

## UN SENTIDO PROGRAMÁTICO DE ESPAÑA. ESPAÑA COMO 'SENTIDO' HISTÓRICO

¿Cuáles son las claves de la realidad española, a juicio de nuestro filósofo?

Sin duda hay que construir su respuesta en varios pasos. Por lo pronto se trata de una sociedad. Ello quiere decir que se trata, de una realidad histórica, que se despliega y se va conformando en el tiempo. En el curso de su acontecer se van alumbrando posibilidades, realizándose unas y desvaneciéndose otras.

Precisamente una de las tareas intelectuales a que ha dedicado Marías su esfuerzo, ha sido a la reflexión sobre la historia de España y su sentido profundo. Es el principal objeto de su estudio sobre *España inteligible* (1985), así como de otros muchos trabajos monográficos. Lo ha hecho justamente en un contexto de creciente crisis en el conocimiento de la historia española, en nuestra sociedad. Baste recordar algunas palabras de un informe de la Real Academia de la Historia a este respecto:

“La impresión que se tiene al concluir este somero recorrido en la enseñanza de la historia, en cuanto que se destina al conjunto de los ciudadanos españoles, es decir, en la E.S.O. (Enseñanza Secundaria Obligatoria), es de desdibujamiento e imprecisión, al menos en lo que se refiere a los elementos comunes. En todo caso, se privilegia a las Comunidades Autónomas que disponen de un amplio margen, sobre todo a las que tienen lengua propia, para reforzar el estudio de su pasado. Por otra parte, se promueve el predominio indiscutible de la contemporaneidad, único período que cuenta en el Bachillerato, lo que promueve la desconexión entre el pasado más lejano y el más próximo, como si éste tuviese en sí mismo su propia explicación” (Real Academia de la Historia, 2000).

Frene a esta situación, Marías ha hecho grandes esfuerzos por aclarar y difundir los factores que considera claves de su interpretación de la historia española. Creo poder sintetizar estos como sigue.

### CLAVES DE LA HISTORIA ESPAÑOLA

Tomada una sociedad en su conjunto, y contemplada en el escenario de la historia, Marías piensa que es posible llegar a descubrir la existencia de un cierto proyecto colectivo, que permite entender lo acontecido, dando razón—razón histórica— del pasado concreto. El proyecto se plasma, con frecuencia, en forma de estereotipos nacionales, lo intuyen políticos o historiadores, se visualiza en un ámbito internacional y se modula “como sistema de usos, pretensiones, valoraciones, relaciones efectivas, actividades, etc., cuyo *fundamento* es esa pretensión” (Marías, 1958, VI, 302). Piénsese en el tema de los ‘caracteres nacionales’, o el de las personalidades colectivas de que tratan libros como el cono-

cido de Alfred Fouillée, *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos* (1943), el de Salvador de Madariaga *Ingleses, franceses, españoles* (1929), o el de Raymond Bauer *The new man in Soviet psychology* (1959), entre muchos otros posibles.

De esta premisa, uno de sus empeños mayores ha sido precisamente la delimitación comprensiva del proyecto —o proyectos— colectivo en que habría consistido nuestra historia y que daría un sentido general a su trayectoria secular. Es el tema central de su *España inteligible*.

Sumariamente dicho, un primer momento estaría representado por la constitución de la Hispania romana, nivel que marcaría la aparición de una “primera unidad humana”, base de la futura sociedad española (Marías, 1985, 58).

Después, la monarquía visigoda, tras integrar los elementos hispanorromanos y germánicos con el catolicismo, cobra un singular sentido cuando, tras ser destruida por la invasión islámica, su restauración se iba a convertir en *leit motiv* de los grupos cristianos supervivientes. Como dice Marías, “la España *perdida* o destruida por los árabes se convierte en *empresa*” (Marías, 1985, 93), en meta ideal hacia el futuro, y su unidad final no será una mera suma de sumandos previos, sino la recuperación de aquella deseada integridad tras su fragmentación.

Semejante empresa consolida la vinculación en torno al cristianismo, y reafirma la pertenencia a Europa, a través de las conexiones con el pontificado y el imperio.

En 1492 el fin de la reconquista vino a coincidir, inesperadamente, con la iniciación de un nuevo horizonte proyectivo, el de la conquista y colonización americanas. Surge ahora una realidad transeuropea, al injertarse los valores y proyectos hispanos de cultura, de lengua, de concepción religiosa y dinámica social en un nuevo espacio colectivo, que Marías gusta denominar con el nombre clásico de “Las Españas”.

Esa unidad naufragó en el siglo XIX, por varios lados: la independencia de los países americanos, el alejamiento español respecto de Europa, la crisis general de creencias religiosas y sociales, y el surgimiento de tendencias disgregadoras interiores, que facilitaron el surgimiento de los “particularismos” a los que se refirió en su día Ortega cuando diagnosticó la “invertibración” de España (O. III, p. 66 [1921]). Los conflictos sociales terminaron por ganar la partida. Con la pérdida de la concordia se fue abriendo el camino hacia la ruptura que iba a conducir a la guerra civil, la quiebra social, y al cabo, el advenimiento por reacción del régimen rigidamente impositivo del general Franco que supuso el establecimiento de “un poder absolutamente personal” (Marías, 1985, 374). Pero todo fenómeno histórico tiene su término, y el régimen del general Franco vino a tocar a su fin en 1975. Se iniciaba otra época.

No voy a entrar aquí en el tema de la transición al régimen democrático y el establecimiento de una monarquía constitucional y democrática, en que nos hallamos instalados. Es un proceso que Marías siguió atento día a día, dedicando buena parte de sus esfuerzos a comentar, sugerir y criticar los avatares de su progreso. De ello dan testimonio sus varios libros luego reunidos en *La España real* (Marías, 1998). Globalmente, basta a nuestro propósito decir que interpretó la transición como “la devolución de España” se entiende, como la vuelta de la soberanía a manos del pueblo español, con el resultado de venir a quedar “España en nuestras manos”, restablecidas las libertades básicas y reconfigurada la convivencia en un marco de acuerdo general trazado por la Constitución de 1978.

El establecimiento del nuevo orden habría sido el proyecto dominante en ese tiempo. Pero, con su logro, iban a surgir nuevas preguntas. Con la nueva organización de las autonomías, aparecen vías posibles para la revitalización de los nacionalismos de preguerra, pero, por otro lado, el sentido de la nueva democracia impide movimientos reactivos que parecerían más bien propios del régimen anterior.

Aunque el país ha vuelto a tomar las riendas de su destino, a través de la participación democrática, no es claro cuál pueda ser el proyecto colectivo que dé nuevo impulso y coherencia a todos los grupos socialmente influyentes. Y ello conduce justamente al núcleo de nuestro tema: habría que seguir pensando en cuál es la realidad española, y en cuál sea o pueda ser un proyecto —o proyectos— colectivo que eresulte ser realmente integrador.

## **LAS CONDICIONES DE LA ESPAÑA REAL**

Hay en esta obra, como lo hubo ya en la de Ortega y la de Unamuno, una enérgica apelación al plano de la vida de la sociedad española, el de la llamada ‘España real’.

En su consideración de la misma destacan singularmente algunos aspectos, que están directamente relacionados con la instalación de la persona en su mundo histórico social. Uno es el de la diversidad regional de las formas de la vida; otro, el papel y el valor de la lengua española; un tercero guardaría relación con las potencialidades sociales y políticas de la comunidad en un plano internacional.

### **a) La diversidad regional**

En la convivencia cotidiana, se hace en nuestro país visible, de inmediato, su profunda diversidad. Así se pone de relieve que “la variedad de España es multiplicidad; y esto puede ser riqueza, fertilidad, esplendor, si esas facetas se

van sumando y conservando” (Marías, VIII, 344). Aunque no siempre esa riqueza sea efectivamente poseída por los que cotidianamente la frecuentan.

La diversidad, expresada bajo modalidad de formas regionales, con la transición vino a convertirse en un mundo de autonomías. Esa pluralidad, que es sin duda fuente de posibilidades, ha venido siendo también desde hace siglo y medio fuente de problemas, y particularmente desde que se puso en juego la idea de la pluralidad de ‘nacionalidades’. Anotemos que Marías, en los días de la elaboración de la Constitución, se mostró enormemente cauto en ese tema. “Anunció desde este momento que se crearán graves problemas si se acepta el término ‘nacionalidades’ con ventaja para nadie”, dijo en el Senado (25 de septiembre) a propósito de ese término (Marías, 1978, 2911-4539). Aunque ese problematismo no puede hacernos olvidar el tesoro de formas de vida que las regiones o autonomías representan para la realidad española. Y Marías ha dedicado muchas páginas de su obra a reflexionar sobre el tema.

Me referiré aquí a dos obras suyas: *Consideración de Cataluña* y *Nuestra Andalucía*, ambas aparecidas en *El Noticiero Universal* de Barcelona, y luego como libros en 1966 (Marías, 1958, VIII, 339 y ss.). Representan una reflexión en voz alta sobre problemas regionales, en un tiempo en que reinaba en el país un silencio general sobre el tema.

Marías, al escribir sobre estas cuestiones quiso atender no sólo a las dimensiones conflictivas, sino también a otras que no lo eran, aunque estaban vinculadas con el mundo de la cotidianidad, y eran expresión de potencialidades históricas para la vida del país.

Su visión de la sociedad catalana (Marías, 1958, VIII) permite ver su posición ante el tema. Sus juicios de entonces no carecen aún hoy de actualidad. En sus páginas advierte la centralidad del problema de la lengua; y en un tiempo en que el gobierno imponía el uso del español en la vida oficial y administrativa, se le aparecía aquella sociedad como “lingüísticamente dolorida” (Id., VIII, 414). Hizo constar, por supuesto, que el catalán era “la lengua primera de la gran mayoría de catalanes”, en la que apoyaban su interpretación de la realidad (Id., VIII, 355), pero notó también que mayoritariamente poseían el español —y así dijo que tenían una casa lingüística de “dos pisos”, en que hacían un uso selectivo de cada lengua según las distintas parcelas de su vida (Id., VIII, 357). Concluyó con la necesidad de que el tema lingüístico se liberalizara y normalizara, regulándolo la sociedad, y no el estado. En estas páginas subrayaba al tiempo el gran peso y liderazgo de Barcelona sobre aquella sociedad, así como la existencia de una cierta tendencia a interpretar su descontento político en clave ‘regionalista’, que hacía de ‘Madrid’ la cabeza de turco de todos sus males (Id., VIII, 397). Y notaba la amplia tendencia entre catalanes a mirar directamente a Europa, siendo “españoles a su manera” (VIII, 407), desentendidos del resto de España. Insistía, por otra parte, en el peligro del espejismo

de percibir a Cataluña directamente instalada en Europa, cuando es lo cierto que está ahí pero “a través de la personalidad global de España” (Id., VIII, 405). Y a la vez, hacía constar que, en su opinión, Cataluña era algo que sienten los demás españoles como irrenunciable, y su posible pérdida, como un “desgarramiento y mutilación” (Ibidem).

De este modo logró dejar dichas muchas cosas y sentimientos inexpressos por aquellos días, pero que iban lentamente operando en el seno del país. Las opiniones de Marías fueron motivo de discusión entre sus lectores, aunque también contaron con elogios generosos de algunas figuras tan destacadas como Josep Tarradellas (Marías, 1994) o Maurici Serrahima (Serrahima, 1967).

También dedicó a Andalucía una serie de ensayos, donde reacciona a la belleza del mundo andaluz, con formas culturales y tradicionales sumamente intensas, y con el reconocimiento de su personalidad inconfundible, sin dejar por ello de sentir preocupación por las insuficiencias y menesterosidades que se ciernen sobre ciertos grupos y ciertas bolsas de pobreza.

En todas esas reflexiones, hay un punto de vista dominante: el propio de la instalación de la vida cotidiana. En cada región se produce riqueza, surgen y se solventan las necesidades vitales de las gentes, se crea arte, se cultivan tradiciones y formas peculiares de vida; todo eso tiene un valor económico, y responde a unas exigencias sociales; pero todo ello está al servicio de unas vidas que hallan en esas formas calor, intimidad, regusto de complacencia, sabor de una vida que encuentra en la circunstancia inmediata la razón suficiente para seguir disfrutando del aquí y ahora de cada situación. Aquí, y en otros lugares, en diversas culturas y regiones, se descubre el “detalle humilde y constante, con que se cuida la vida cotidiana, se le busca —y se le da— intensidad, sabor, gracia, emoción” (Marías, 1958, VIII, 476).

No hay duda que ciertos proyectos vitales están ligados al logro y la creación de realidades valiosas colectivas o personales —ciencia, empresa, política, arte, espiritualidad. Pero Marías también es sensible a la dimensión, hoy crecientemente apreciada, del placer y el regusto emocional de la contemplación, la delectación ante el paisaje, el gozo de una amistad madurada sin urgencias.

Y en este sentido, España, lugar de atracción para innumerables gentes de otros climas y regiones, ofrece formas de vida llenas de sabor y calidad. Ciertamente no está libre de problemas más o menos graves, aunque a su juicio, hay uno que sí lo es: “el único problema grave... es el de ella misma”. Y por eso hay que salvar su *concordia*, tantas veces rota y siempre amenazada; respetar la multiplicidad de elementos... de que su *unidad* se nutre...; abrirle el *futuro* que es reino de *libertad*” (Marías, 1958, VII, 23).

## b) La lengua

La realidad española aparece, en la obra de nuestro filósofo, como esencialmente ligada a la lengua española. La lengua, cada lengua, cumple la función esencial de ‘decir’, de expresar una intimidad y de referir y organizar las experiencias vividas, al tiempo que instala en una cultura, permite la inserción en una comunidad humana, y da personal claridad sobre el mundo y sobre uno mismo.

Es visible en esta obra la constancia de su amor por la lengua española. Se comprende, pues ella abre un campo inmenso de creatividad humana. Ha hecho posible el surgimiento de una literatura de primer orden, y para Marías, la literatura es un instrumento esencial para la comprensión de la vida humana, y para la proyección personal. No puedo vivir, dice, “sin inventarme como personaje” (Marías, 1975, 189).

Pero no solo le atrajo su literatura; consta también su entusiasmo por la lengua misma, con sus hallazgos semánticos y su carga de matices e interpretaciones, que le han dado que pensar en innumerables ocasiones. Valgan como ejemplos, su exploración sobre el término “ilusión”, con un sentido positivo, o sus consideraciones sobre la dualidad *ser* y *estar*—que le llevó a decir, con humor, que “los alemanes darían por el verbo ‘estar’ una de las pocas provincias que les han dejado”, se entiende, después de la guerra mundial, allá por los años 50; o sus comentarios a términos como ‘querer’, ‘liberal’ o ‘desvivirse’ (Marías, 1958, III, 175), vayan por caso, que a su juicio iluminan aspectos profundos de la cosmovisión hispana.

Ha sido además particularmente sensible al hecho de la honda continuidad inteligible de nuestra lengua, a lo largo de siglos. “Desde hace más de ocho siglos (*Cantar de Mio Cid*) hay una lengua inequívocamente española, en la cual nos reconocemos” (Marías, 2000, 289), y en las *Coplas* de Jorge Manrique está ya el español actual. Así el hablante hispano posee un presente con singular espesor histórico, que le permite entender experiencias vitales muy distantes; un espesor por cierto últimamente amenazado por la aparición de un primitivismo lingüístico en las generaciones últimas. Por si eso no bastara, resulta ser una lengua que, desde finales del siglo XIX, ha experimentado dilataciones que la han hecho ser enormemente capaz para la reflexión filosófica.

Sobre todo, nuestra lengua, por circunstancias de la historia, nos coloca ante un horizonte espacial de inmensas proporciones: “la morada lingüística en que cada uno de nosotros vive es dilatadísima” (Marías, 2000, 290): cientos de millones de hablantes, sociedades distintas, formas de vida diversas, experiencias vitales múltiples resultan transparentes a los oyentes porque la lengua en que están expresados es sustancialmente inteligible en toda su extensión. Al tiempo que permite la comunicación entre todos los españoles y todos los his-

panoamericanos, abre de par en par el camino para el uso y cultivo de las demás lenguas de España (Marías, 1998, 592), conectadas precisamente a su través.

Es, pues, éste un tesoro de posibilidades que la realidad personal de los hispanohablantes tiene al alcance de la mano, y que convendría no malbaratar.

Y esto nos lleva a un nuevo punto, el de la condición supranacional de esa realidad española sobre la que se van edificando nuestras vidas.

### **c) La realidad supranacional**

La realidad de nuestra historia ha colocado a nuestro país en una singular posición. Nuestro filósofo ha insistido innumerables veces en esto: es un país que pudo haber sido una sociedad islámica, como las más próximas del continente africano, si hubiera aceptado su transformación en Al Andalus tras la ocupación árabe del 711; y sin embargo, logró mantener su condición cristiana y europea, gracias, entre otras cosas, al éxito de innumerables gentes: caballeros, escuderos, villanos, burgueses, que opusieron a los invasores en incontables combates una continuada resistencia. Ello hizo posible el hecho de la reconquista; valga Rodrigo Díaz de Vivar como ejemplo señero del proceso.

Pero tampoco ha sido europea sin más. La nación española ha dado de sí hasta convertirse en una “realidad *supranacional*”, “una reunión de pueblos en los dos hemisferios” (Marías, 2000, 300). La realidad de la España ultramarina, de los pueblos de América, Asia y Oceanía (recuérdese no sólo Filipinas, sino, entre otras, las Islas Marianas, así llamadas en honor de Mariana de Austria, o las Carolinas, nombradas de esa suerte en honor de Carlos II) todo ello ha transformado el mundo de posibilidades, de capacidad operativa, de sentimientos de proximidad o extranjería, de usos sociales entre pueblos implicados por los eventos históricos de la conquista, colonización y, llegada la hora, de enfrentamiento y separación: “Como hubo una Romania, ha habido una Hispania transatlántica, transcontinental” (Marías, 1975, 191).

Marías ha subrayado algunos hechos nada despreciables. Uno es la existencia de ciertas profundas vinculaciones entre los países hispanos o iberoamericanos —expresiones por él preferidas mil veces a la de ‘latinoamericanos’, término de origen francés, que hoy tiene tanta fortuna—; sus naturales no se sienten entre sí como extranjeros, sino más bien como forasteros, gentes que se saben miembros de una amplia y efectiva comunidad, sustancialmente lingüística.

Su conocimiento americano en verdad llegó a ser muy extenso y al tiempo, muy intenso. En particular, su recreación literaria de paisajes sociales históricos —así de Perú, de México o Argentina—, fue acompañada de una singu-

lar intimidad con sus literaturas, desde los textos del Inca Garcilaso hasta los de Victoria Ocampo o Jorge Luis Borges. Ello le permitió, por otro lado, advertir un hecho singular: el de la desconexión frecuente de las minorías cultivadas iberoamericanas, en cuanto a sus posibles lazos transversales, y su puesta en contacto muchas veces a través de elementos asociativos europeos, bien sea París, o el mundo ibérico peninsular. Su familiaridad con el mundo norteamericano, le permitió hacer una confrontación de aquellas colectividades sociales, que hubo sin duda de resultarle profundamente esclarecedora. Vió la hispana como un caso de “injerto” de culturas, y la angloamericana, como un cierto “trasplante” de una cierta sociedad a un nuevo espacio (Marías, 1992, 30).

Marías ha subrayado en algunas ocasiones que la fragmentación descomulgó las antiguas realidades de los virreinos, relativamente equilibrados, y propició su transformación en naciones frecuentemente menesterosas o insuficientes en aspectos básicos propios de la vida de un país (Marías, 1998, 646 y ss.). Ve ahí un factor importante relacionado con la preocupante situación de desigualdades sociales en unos países dotados de riquezas naturales, y con masas sometidas a una suerte dura y rígida. Bolívar imaginó en sus sueños una unidad americana que podría compensar y potenciar las capacidades de aquellas naciones. Y en esa deseable integración, piensa Marías, algún papel de catalizador, si no más, cabría a la sociedad española, ligada por la historia de algún modo distinto de aquellos pueblos fraternos y capaz de servirle de “plaza mayor” de convivencia y encuentro.

Pero España, naturalmente, está en Europa. Marías insiste en innumerables lugares de su obra que no simplemente está ahí, sino que es un país que ha tenido la voluntad inequívoca de querer ser europeo, en lugar de ser un país islamizado, ya en los días medievales. Europa, bajo la forma de la Romania, ha preexistió a las naciones europeas. Estas habrían ido configurándose en un doble proceso de identificación en sí mismas —mediante proyectos colectivos— y de diferenciación respecto de su entorno. Ahí vislumbra la existencia de una positiva rivalidad, que ha impulsado el perfeccionamiento de los países europeos, en vistas a la posesión de una determinada ejemplaridad. Muchas veces ha recordado la condición de ‘nivel’, que Ortega asignó a Europa cuando la igualó con la ‘ciencia’: Europa=ciencia. Y, justo por eso, ha pensado que lo esencial vendría a ser la coordinación, ‘como en una orquesta’, donde las naciones se combinaran desde su diversidad. Pero la historia reciente no ha dejado de inquietarle. La cultura es un sistema de tensiones que hace que ciertas cosas ‘no sean posibles’ (Marías, 1958, VII, 263), y sin embargo, “en el último cuarto de siglo en Europa ha sido posible cualquier cosa”. Esos “males europeos” siguen “sin ser asumidos —ni superados— por nadie; y por tanto *siguen siendo posibles*” (Id., VII, *ibid.*). Y cuando se ha avanzado en el sentido de una unión, que a su juicio es indispensable para que los problemas comunes tengan solución, no se acaba de trascender el plano de las realidades económicas, en busca de uno ideal, proyectivo, ilusionante, que atraiga a los ciudadanos de todos los

estados en busca de un futuro común innovador y potente. En ese horizonte, las potencialidades españolas, o mejor aún, iberoamericanas, de países como España y Portugal, tendrían un posible valor insustituible.

La realidad hispana aparece aquí, como se ve, convertida en un complejo problema de raíz histórica, con pluralidad de niveles, con heterogeneidad de pueblos y sociedades, que mantiene ciertas dimensiones comunes nacidas de los restos de una cosmovisión integradora, en que la lengua, la religión, y el sentido de la vida personal y familiar, han tenido gran peso a la hora de singularizarla.

Con todos esos hilos, ¿cabría tejer algún entramado con sentido, de cara al mañana? Es el problema del proyecto español, o por mejor decir, de “Las Españas”.

### **SOBRE UN FUTURO PARA “LAS ESPAÑAS”**

La realidad humana, según Marías, es esencialmente “futuriza” (Marías, 1958, X, 21), esto es, está orientada y vertida hacia el futuro, atenta a lo por venir, para resolver lo cual echa mano de su memoria y sus hábitos, sus recursos y experiencias, de la historia en fin. Su pregunta, no obstante, es por lo que va a venir. Y para hacerle frente el hombre elabora, de un modo u otro, un cierto ‘proyecto’, que dirige la acción, da fundamento a sus sucesivas decisiones y con ello, da un determinado sentido a la existencia.

Me parece un acierto hondo de esta obra el que su autor haya hecho en ella el esfuerzo de pensar en el ayer y en el hoy precisamente viniendo ahí desde un posible mañana. “El presente no es inteligible más que desde el pasado y el futuro” (Marías, 1958, X, 426). Resultado de ello es que el tema del proyecto nacional no ha quedado oscurecido por las diversas urgencias del presente ni por la atracción de cuanto hemos sido en el pasado.

Hace ya años, revisando la obra suya hasta entonces publicada, traté de ordenar estos pensamientos, en la convicción de que aquí se contenía una provechosa lección (Carpintero, 1967, 224). Ha pasado el tiempo, y se han ido modificando muchas cosas. Pero la validez de aquellas líneas me parece haberse mantenido en conjunto.

Una primera exigencia vendría a centrarse en lo que alguna vez llamé “la organización del pluralismo” (Marías, 1958, VIII, 253), que no es otra cosa sino hacer del país y su realidad objeto de atención y programación, de modo que puedan ser capaces de responsabilizarse con su destino, a través de una existencia democrática. Eso conlleva un proceso general de dinamización de las vidas personales. “La movilización de las capacidades humanas, la incorporación al nivel histórico es lo decisivo... Y España, país europeo, ...está por

debajo de su nivel... y es la elevación del nivel humano [esto es, la educación] lo que hace posible la del nivel económico... la hace inevitable” (Id., VIII, 254-255). (Notemos que estos son textos de 1968).

Con la transición y la democratización del país, se dieron pasos en esa dirección. No hay duda de que la activación y la vitalidad de las regiones o autonomías y de sus núcleos urbanos, y el fomento desde la sociedad, y no desde las meras estructuras políticas, representa un progreso en esa dirección (Marías, 1998, 30-48). Marías ha ofrecido también otras concreciones sobre la posible organización de nuestra diversidad regional, en las que podríamos tal vez encontrar ecos no sólo del ya lejano ensayo orteguiano de *La redención de las provincias*, sino también ideas nacidas de la experiencia autonómica contemporánea. Pero defiende insistentemente una apelación a la sociedad y a la emergencia de formas y organizaciones suyas, de modo que cobre protagonismo, dé expresión a sus factores diferenciales y genere, al combinarse grupos y núcleos distintos, tensiones enérgicas y diferencias de potenciales que movilicen el país.

El tema es fundamental, dada la grave deriva de esas tensiones, en relación al deseo de autodeterminación y las posibles identidades nacionales, que hoy se expresan sobre todo en el mundo vasco y catalán.

Una segunda línea de proyección por fuerza ha de tener en cuenta nuestra vertiente europea. Lo acabo de recordar. Su posición es que el diálogo con Europa no puede hacerse ‘imitativamente’, sino participando activamente en la vida comunitaria desde las capacidades creadoras de nuestra sociedad. “Veo a Europa —escribe en cierta ocasión— como una orquesta; cada uno de sus miembros tiene una función propia, insustituible” (Marías, 1958, X, 425); la coordinación de sus miembros mediante una partitura o proyecto requiere también liderazgo e imaginación. Además, su vida comunitaria debería estar basada en un conocimiento histórico común, y en un sentido competitivo de excelencia (Id., 429), algo de lo que hoy se habla con frecuencia sin demasiada precisión. Lo grave es que tenemos delante una Europa en la que hay hoy todavía una enorme falta de conocimiento de su propia realidad, y que, por otra parte, ha tolerado algunos brotes de nacionalismo extemporáneo que suponen el reto a una posible unidad política, algo que sin duda necesita alcanzar para que los problemas comunes tengan solución.

Y, tal vez, lo más interesante: la incorporación al proyecto europeo no debería hacerse sin asumir la condición ‘transeuropea’ de España, aquella que viene dada por su esencial vinculación al mundo iberoamericano, como resultado de nuestra particular historia.

En relación con esto último, hallamos una tercera línea proyectiva, que hace inmediata referencia a esa comunidad hispanoamericana, con una tenue personalidad, que son ‘Las Españas’, o la ‘Hispania trasatlántica’, como tam-

bién la llama (Marías, 1975, 191). “La empresa de nuestro tiempo —escribe al término de su *España inteligible* (Marías, 1985, 414)— no puede ser otra cosa que la *recomposición de las Españas*”. No se trata de recomponer una unidad política, ni un mercado económico común, aunque tampoco lo excluya, ni apela a ninguna nostalgia. Lo que propone, sobre todo, es la intercomunicación de conocimientos y de bienes, “la *posesión* íntegra de aquello que nos constituye” (Marías, 1985, 415), y precisa: “de esta posible posesión *mental* se seguiría la real, la utilización efectiva de esa realidad” (Marías, 1992, 126)

Desde sus primeros contactos personales con el mundo americano, se le impuso la evidencia de que la relación de España con todas esas naciones no podía ser meramente política y mucho menos directiva o imperativa, sino creadora de una efectiva red de interacción social. Y la imagen de que se valió para visibilizarla fue, como ya antes recordé, la de la “plaza mayor”: “España tiene que desempeñar una función delicada y esencial respecto a la América española: tiene que ser su *plaza mayor*... Una plaza es un centro de convivencia... Pero Hispano América no tiene un lugar de presencia común, es decir, no tiene una plaza. Y la única posible es España” (Id, III, 348). Más que mando, se trata de contactos, cercanía, modelos, intercambios, holgura de la vida, ejemplaridad, incluso enriquecimiento social.

El cuadro no estaría completo si no se recordara también la preocupación permanente de nuestro filósofo por la realidad de Occidente.

Él ha sido uno de los intelectuales europeos que ha mantenido del modo más enérgico una gran estimación social e histórica respecto de la realidad de los Estados Unidos, como lo manifiestan los dos libros que a su estudio ha dedicado —*Los Estados Unidos en escorzo* (1956), y *Análisis de los Estados Unidos* (1968)—. Creía sin fisuras que la deuda de Europa con aquel país, sobre todo en la segunda guerra mundial, y luego en el tiempo del Plan Marshall (1947) en los años de la posguerra. Además, en términos de valores, la potencia de aquella sociedad en campos tan diversos como la vida social, el arte, el cine, la ciencia y la tecnología, no sino el resultado de unos factores de inteligencia y tenacidad que Europa misma también tiene como valores propios y ha de apreciar donde los halle.

En los días de la ‘guerra fría’ y del ‘telón de acero’, resultó patente que Europa no era autosuficiente. Ya, “tanto Europa como América han dejado de ser suficientes para ser lóbulos de Occidente” (Marías, 1998, 649). Las dos orillas del Atlántico, de esta suerte, se han convertido en dos zonas interrelacionadas de innovación histórica, constitutivas de la realidad de Occidente, la cual sería hoy la entidad social suficiente en el presente y abierta a un futuro pleno de posibilidades. Y en ese conjunto, los Estados Unidos serían “la proa del mundo actual” (Marías, 1958, VIII, 137), que abre marcha, pero de modo solidario con el resto del conjunto.

Ni que decir tiene que ha sido una persona plenamente consciente del peso de las fuerzas sociales que han potenciado en niveles muy distintos las actitudes y posiciones antiamericanas, y él mismo ha sido objeto de crítica que ha asumido sin pestañear. De todos modos, las dificultades no modifican la estructura objetiva de la realidad geopolítica, y, como alguna vez dijo, ¿a quién le ha quitado el hambre saber que no podía comer? La realidad es siempre terca y termina por imponerse.

\* \* \*

Tomado en su conjunto, el paisaje ideal, proyectivo que el filósofo ofrece, con esa pluralidad de metas, dibuja más bien un camino que un telón de fondo, algo que hay que recorrer activamente y no solo contemplar.

En el plano interno y más inmediato de la convivencia entre españoles, hay ya cuestiones que han saltado al primer plano, y somos conscientes de que van directamente dirigidas al núcleo de la convivencia de nuestra realidad histórica, poniéndola en cuestión. De otro lado, las relaciones con el mundo europeo han ocupado un lugar central en los intereses políticos actuales, en razón de los gravísimos peligros que han amenazado a la economía. En fin, el despliegue de relaciones e interacciones con los países iberoamericanos no deja de parecer, al tiempo que promisorio, sumamente inestable e inseguro, dados los movimientos recientes de sus regímenes políticos.

Pero estimo que, en todo caso, en una sociedad democrática y responsable, que se sabe en tránsito continuo hacia el futuro, es necesario pensar y tal vez repetir las palabras que en su día se dijera a sí mismo Renato Descartes, *¿quod vitae sectabor iter?* —¿qué camino hemos de seguir? o más sencillamente, ¿a dónde vamos?

Decía antes que las sociedades, como los individuos, necesitan en su desenvolvimiento energía, motivación y dirección. Sin ello no es posible la ilusión por el futuro, ni la fortaleza y el empeño para lograrlo.

En la medida en que tenemos, o hemos tenido, espíritus con conocimiento, con experiencia y con lucidez suficientes para abordar las cuestiones que venimos considerando, parece oportuno que se les escuche y atienda, no para encontrar recetas hechas, ni para prestarles una obediencia pasiva, sino para volver a pensar, enriquecidos ahora con sus sugerencias y avisos, a fin de poder hallar respuestas ajustadas a los datos de nuestro problema. En horas de crisis, toda palabra leal e inteligente debe ser bienvenida.

## BIBLIOGRAFÍA

- BALCELLS, A. (1991): *El nacionalismo catalán*, Madrid, Historia 16.
- BAUER, R.A. (1959): *The New Man in Soviet Psychology*, Cambridge, Harvard U. Press.
- CARPINTERO, H. (1967): *Cinco aventuras españolas*, Madrid, Revista de Occidente.
- (2007): *Una voz de la tercera España: Julián Marías, 1939*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2008): *Julian Marías: Una vida en la verdad*, Madrid Biblioteca Nueva.
- DEL REAL, C.A., MARIAS, J. y GRANELL, M. (1934): *Juventud en el mundo antiguo*, Madrid, Tall. Espasa Calpe.
- FOUILLÉE, A. (1943): *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, Buenos Aires, Ed. Americalee.
- FUSI, J.P. (2012). Prólogo a Marías, J. *La guerra civil ¿cómo pudo ocurrir?*, Madrid, Fórcola.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1962): *España como problema*, 3ª ed., Madrid, Aguilar.
- MADARIAGA, S. (1929): *Ingleses, franceses, españoles*, Madrid, Espasa Calpe.
- MARIAS, J. (1958): *Obras*, Madrid, Revista de Occidente, vols. I-X.
- (1959): Consignas convergentes, *Insula*, XIV, 146, p. 5.
- (1975): *Literatura y generaciones*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1978): Intervención en el Senado, en Cortes, *Diario de Sesiones del Senado*, nº. 58, 25 septiembre 1978, pp. 2910-2912.
- (1983): *Ortega I. Circunstancia y vocación, y Ortega II. Las trayectorias*, Madrid, Alianza.
- (1985): *España inteligible*, Madrid, Alianza.
- (1988): *Una vida presente*, Madrid, Alianza, 3 vols.
- (1992): *La Corona y la comunidad hispánica de naciones*, Madrid, Asoc. Francisco Lopez De Gómara.
- (1994): *Consideración de Cataluña*, Barcelona, Acervo.
- (1996): *España ante la historia y sí misma (1898-1936)*, Madrid, Espasa Calpe.
- (1998): *La España real*, (1 vol.), Madrid, Espasa.
- (2000): *Ser español*, ed. aument. Barcelona, Planeta.
- MENENDEZ PIDAL, R. (1950): *El Imperio hispánico y los cinco Reinos*, Madrid, Inst. Estud. Politicos.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1946): *Obras completas*, 1ª ed., Madrid, Revista de Occidente, I-X
- REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA (2000): “Informe sobre los textos y cursos de historia en los centros de enseñanza media”, recogido por los Seminarios de la Sociedad Española de Pedagogía. (<http://www.uv.es/soespe/realacademia.htm>) (también en <http://www.filosofia.org/bois/b2000ab.htm>).
- SERRAHIMA, M. (1967): *Realidad de Cataluña*, Barcelona, Aymá.